



ISBN: 978-607-99647-4-0

ISBN de la colección: 978-607-99647-0-2

Sociedad Mexicana de Historia de la Educación

www.somehide.org

José Eduardo Cruz Beltrán (2022).

La historia de México en los manuales escolares españoles durante el primer periodo franquista (1939-1964).

En A. Escolano Benito y E. L. Campos Alba (coords.), *Cultura escolar y patrimonio histórico educativo México-España* (pp. 203-224)

[colección Historia de la educación en México, vol. 5]. México:

Sociedad Mexicana de Historia de la Educación.

Esta obra se encuentra bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

LA HISTORIA DE MÉXICO EN LOS MANUALES ESCOLARES ESPAÑOLES DURANTE EL PRIMER PERIODO FRANQUISTA (1939-1964)

José Eduardo Cruz Beltrán

Este capítulo analiza la presencia de México y sus procesos históricos en los manuales escolares españoles que circularon durante los primeros veinticinco años del régimen de Francisco Franco Bahamonde (1892-1975). El estudio pretende hallar que en dichos manuales, al hablar de México y de América, había una intención de exaltar la ideología nacionalcatólica de España como muestra de civilización en el mundo entero, no tanto como enseñanza de la historia en sí, sino como para enaltecer el régimen vigente.

Los manuales de historia elegidos para este estudio se encuentran en un rango de publicación desde 1939, año en que se asentó en España la dictadura franquista, al de 1964 por ser a mediados de esta década que, tras una serie de cuestionamientos, la carga ideológica fue atemperada y absorbida por la asignatura de Ciencias Sociales (Campos, 2016, p. 35).

El estudio aborda en un primer momento en qué consiste la educación nacionalcatólica franquista, entre cuyas pautas nace la idea de grandeza del imperio español. Con esta imagen, el texto hace una breve correspondencia entre las relaciones de España con México y las posturas de sus respectivos gobiernos, para dar

paso al análisis de los manuales españoles con tres temas notables: conquista, evangelización e independencia.

Respecto a la conquista y evangelización, el interés del capítulo recae en explicar un discurso histórico usado a modo de legitimación del régimen, a través de la analogía entre la España imperial y la España franquista. Su finalidad fue mostrar que ambas épocas fueron las de mayor esplendor de esta nación. En tanto, la independencia fue poco abordada y su proceso prefirió pasarse por alto, para, en cambio, atribuirlo como una permisión del reino español. El capítulo culmina con algunas reflexiones en torno a la historia de España en los manuales escolares y las apreciaciones respecto a la imagen de México en dichos materiales educativos.

LA IDEOLOGÍA NACIONALCATÓLICA DE LA EDUCACIÓN FRANQUISTA

El nacionalcatolicismo tuteló la base de la nacionalidad española. Tal ideología habría de manifestarse en sus programas escolares. Para el franquismo, la Iglesia católica y España iban de la mano, un interés compartido de unidad nacional y de fe. Para Castillejo (2008), la historiografía escolar franquista no aceptaba que España fuera el resultado de una fusión de culturas, de ahí que un lema franquista fuera “España *una*, grande, libre”.

Para el régimen, en los grandes momentos de su historia, Iglesia y Estado español confluyeron: monumentos religiosos, concilios, literatura caballeresca, arte, leyes protectoras de Indias, colonización y cristianización de América; las luchas contra Mahoma, Lutero, Marx, los enciclopedistas. Una vez asentado el régimen era puntual establecerlo en un programa propagandístico que también sirviera como propuesta didáctica. De inmediato, gente cercana a Franco como Antonio Onieva o Agustín Serrano desplegaron diversas ideas de cómo debía impartirse la educación española, basada, sobre cualquier otro aspecto pedagógico, en la formación de la fe a España y al catolicismo (Capellán, 2019, p. 70).

Antonio Juan Onieva Santamaría (1886-1977) fue inspector de Primera Enseñanza en Asturias. Pedagogo, escritor y periodista nacido en Pamplona, incursionó en géneros como el teatro, la biografía, la novela, los libros de viajes, guías turísticas y textos escolares. Su inclinación al régimen se manifestó en *La nueva escuela española. Realización práctica*, de 1939, el cual podría considerarse uno de los textos más tempranos de la educación franquista (Onieva, 1990).

Algunas de sus principales críticas se dirigieron al laicismo. Onieva calificó a lo laico de hipócrita por cuanto atacaba a la religión como coercitiva de la libertad humana cuando, en cambio, solo en países católicos se instruía, México uno de ellos. Ante la idea de formar una nueva escuela nacional, católica y patriótica, lo primero que se hizo fue hacer de lado el modelo republicano de escuela única y que la enseñanza correspondiera a la exaltación de la España nueva (Capitán, 2000, p. 244).

La educación patriótica significaba conocer los grandes sucesos históricos que habían formado la personalidad española, así como conocer la unidad geográfica en que vivían. Patria significó la oposición a todo lo externo. Para Onieva los poderes internacionalistas odiaban a la Iglesia por su carácter universal (Onieva en Mayordomo Pérez, 1990, p. 431). Si bien Onieva escribió “Primero, España; después, España y siempre España”, reconoce que no podía vivirse en el aislamiento, aunque sí evitar esclavizarse de otras naciones. Llamó patriotismo de integración a la soberanía y a todos aquellos hijos de la *madre patria*, una alusión implícita a América. En el estudio de la geografía y la historia, pero también en textos de aritmética y lengua nacional, se reflejarían estos discursos de propaganda y de adoctrinamiento político y religioso (Capellán, 2019, p. 54).

Una prueba de esta idea hispanista fue la Orden del 25 de abril de 1938 para la enseñanza universitaria. Dos de sus más importantes directrices giraban en torno a la revitalización histórica de la universidad española bajo el ideal de la hispanidad, así como a la formación patriótica y moral inspirada en un sentido religioso (Capitán, 2000, p. 248). Por su parte, en el ideario de Falange



Figura 1. La ideología franquista encontró en los manuales escolares una eficaz forma de propaganda en torno a la exaltación de España y el catolicismo.

Fuente: Fondo Manes, UNED.

Española Tradicionalista alineado al lema “Por el imperio hacia Dios”, se leía: “Sabemos que España es la patria más hermosa que se puede tener [...] Amamos las genuinas tradiciones de nuestra patria, substancia de nuestro porvenir imperial”. El plan de estudios de bachillerato establecido para 1938 dedicaba siete cursos a la geografía y la historia: los dos primeros, geografía e historia de España; el tercero y cuarto, geografía e historia universales; el quinto, una ampliación de geografía e historia de España; el sexto, historia del imperio español en cuanto a la formación de sus instituciones, y el séptimo, a la historia de este para conocer, finalmente, el valor de la hispanidad (Capitán, 2000, p. 246). La orden ministerial del 24 de julio de 1939 para reformar la enseñanza primaria y depurarla definitivamente del sistema republicano decía:

La victoria de España ha sido, esencialmente, la de la cruz. Nuestra guerra se llamó cruzada contra el enemigo de la verdad en este siglo, y su digno remate ha sido la nueva invención de la Santa Cruz que España ha realizado para Occidente [De Puelles, 1999, p. 306].

La educación de los más pequeños no podía hallarse fuera de este canon. La Ley de Educación Primaria de 1945 establecía que desde primer grado debía “infundirse en el espíritu del alumno el amor y la idea del servicio a la patria”. En todos los niveles educativos de la España franquista no solo existieron la historia y la geografía exaltadoras de España sino la educación religiosa, y esto se manifestó en que sobre la ordenación de cursos, programas, profesores y libros de texto tuviera injerencia la Iglesia. La pedagogía franquista pretendió conocer, amar y servir a España sin dejar de lado la fe católica, antes, al contrario, mantenerla.

MÉXICO ANTE EL FRANQUISMO

Para acercarnos al estudio de la manualística española, revisemos las relaciones diplomáticas entre España y México. ¿En dónde radicaba el interés del régimen franquista por mantener contacto con este país y las formas en que intentó dicho contacto? ¿Cuál era la percepción de México y los mexicanos en la España franquista? Aun cuando no existiera en sentido estricto una relación directa con la enseñanza de la historia en las escuelas españolas, sí permite ofrecer una visión de los nexos entre estas dos naciones.

La guerra civil (1936-1939) volcó la atención del mundo sobre España. La confrontación entre republicanos y sublevados devino en el derrumbe de la segunda república española y la instauración de Franco como jefe de Estado. Ante la postura oficial del gobierno cardenista, México rompió relaciones diplomáticas con España y manifestó su apoyo a los republicanos a través del recibimiento de niños, ciudadanos e intelectuales.¹ El franquismo buscó legitimarse ante el mundo e intentó el acercamiento con México, motivado por una idea surgida entre sus huestes de retomar su vieja misión imperial.

¹ Las relaciones fueron reanudadas en 1977, dos años después de la muerte de Franco.

Mientras algunos grupos provenientes del partido político español Falange se encargaban de aglutinar seguidores en América, los informes del Ministerio de Asuntos Exteriores mostraban un tono de superioridad respecto a estos países, una imagen tendenciosa en torno al liderazgo español sobre estas naciones (Pérez, 2001, pp. 62-63).

España vio en América el espacio idóneo para salir del aislamiento. Apelaba, además de la unificación de la cultura, a los intereses económicos y al poder, “su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales”, pero solo obtuvo el reconocimiento de Pinochet en Chile (Tabanera, 2001, p. 38). En el caso mexicano, las relaciones estuvieron orientadas hacia su origen mismo:

México es uno de los países más españoles de América y también uno de los más católicos en la masa general de la población, y a pesar de que el gobierno [cardenista] (como ocurrió en España durante la república) no responde a esos sentimientos nacionales, son muchas las gentes que tienen puesta la mirada en nosotros [Pérez, 2001, p. 82].

Si por la vía diplomática el acercamiento no era posible, la España de Franco tenía ante sí un discurso legitimador: el hispanismo. Tal ideología se convirtió en una herramienta para propagar cierta hegemonía política y cultural del país europeo sobre los países americanos (Tabanera, 2001, p. 25). Pero el hecho de haber recibido a los defensores de la república española fue una señal para Franco: México se oponía a reconocerlo.

¿Dónde radicaba el interés de la madre patria por su *hija*, la antigua Nueva España?, ¿en la importancia de México en el continente americano?, ¿en su cercanía con Estados Unidos, país al que Franco deseaba acercarse? El interés radicaba en ambas, por los contactos económicos, sociales y culturales que se producían independientemente de las relaciones oficiosas, como se les llamó, por no tener reconocimiento del gobierno mexicano. Pero, sobre todo, por su herencia. México y España tenían una historia compartida, era necesario volver a ella.



Figura 2. La hispanidad, muestra de unidad.
España (auto)erigida como *mater mundi*.

Fuente: Manzanares, 1949.

LOS PUEBLOS MESOAMERICANOS EN LOS MANUALES ESPAÑOLES

En la historiografía previa al franquismo, América apareció de manera enciclopédica. Solo emergió en los manuales escolares a raíz de Colón. Esto fue aprovechado para dotar de una imagen prejuiciada e inferiorizada de los habitantes americanos. Ejemplo visible fue *Yo soy español* de Agustín Serrano:

América es muy grande, muy grande, muy grande, lo menos ochenta veces más grande que España. Y las gentes que vivían allí cuando llegaron los españoles eran salvajes. Iban desnudos con todo el cuerpo pintado. No sabían leer ni escribir; no tenían iglesias, ni escuelas, ni carreteras, ni fábricas. Ni siquiera sabían lo que era el pan. Y algunos eran tan feroces que se comían unos a otros [...].

A España le dio mucha pena de aquellas pobres gentes de América. Y los mejores españoles se fueron allí a enseñarlos a hablar, a rezar, y a vivir, como hablamos, rezamos y vivimos nosotros [Serrano, 1938, pp. 63-64].

La postura despectiva hacia los indígenas americanos cambió en otros manuales. De los pocos libros que estudiaron a México desde su etapa precolombina, reconocían a los aztecas, con una

rica ciudad, Tenochtitlan, como “un pueblo bastante civilizado” (Carles, Pla y Pla, 1944, p. 556).

En línea similar, Joaquín Pla, profesor de la Academia de San Fernando, de Ciencias Históricas en Toledo y miembro de las sociedades de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid y Barcelona, en el libro de lectura *Las civilizaciones. El arte, las ciencias, las costumbres* (1954), aun cuando dedica apenas unas cuantas páginas a los pueblos americanos —en cambio, Egipto, Roma, Grecia, el Bizancio y los árabes, tienen mayor amplitud de información—, escribe que sorprendió a los conquistadores el hallazgo de monumentos que revelaban una intensa cultura. En otro libro del autor, *Países y mares*, refiere las mismas ideas respecto a los aztecas como pueblo con una brillante civilización y a los mayas como un pueblo industrial y civilizado (Pla, 1948, pp. 53-54, 60).

Este fue el momento en que se comparó a América con la India. Se aventuró la idea de “la raza que en remotísimos tiempos pobló estos territorios fue probablemente una raza amarilla oriunda del

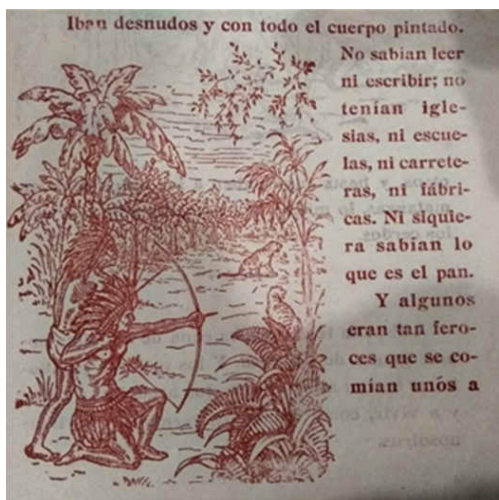


Figura 3. Aunque pronto desapareció de los manuales escolares, la idea de inferioridad prevaleció sobre los pueblos americanos.

Fuente: Serrano, 1943.

Asia” (Pla, 1954, p. 67). O que los *teocalis*, su base cuadrada, su orientación en los puntos cardinales, su decoración y sus constructores, con pleno conocimiento de la astronomía, son “algo parecidos a la [cultura] de China y Japón”.

Encuentro en esta primera etapa una postura ambigua respecto a la idea de civilización mexicana. Se repugna la antropofagia, por ejemplo, pero son “grandiosas culturas”. El tratamiento respecto a México es resumido respecto a las civilizaciones de Medio Oriente; hay un canon comparativo entre estas con las americanas a las que no les concede un desarrollo propio; la masa continental euroasiática presenta así un dominio simbólico sobre el nuevo mundo que hará manifiesto en periodos históricos posteriores.

CORTÉS, SINÓNIMO DE CONQUISTA

El estudio de la conquista en los manuales escolares españoles se reduce a conocer la figura de Hernán Cortés. Su figura se muestra altiva, juvenil, aunque también se presenta como una persona mayor. En *La historia de España contada con sencillez* (1938) José María Pemán escribe que un grupo de hombres “que cabría en el patio de butacas de un teatro mediano, conquistó, solo, la tierra de Méjico, que es como muchas veces España”; solo en la batalla de Otumba Cortés se vio en dificultades, pero al final logró vencer y conquistar todo el país (Pemán, 1938, pp. 32-33).

En *Santa tierra de España* José Muntada (1942) definió a Cortés “radiante, varonil, caballero, algo poeta, apacible en su persona y de buena conversación”. En una prosa apologética, lo concibe como adalid de hermandad, de paz y de fe cristiana, ante un Moctezuma que en sus aposentos se siente avergonzado por comer “guisos de carne humana”. El autor define la conquista como milagrosa, traza a un Cortés fervoroso, que en todo momento reza a Dios, a la cruz y a la virgen María (Muntada, 1942, p. 158).

En *España es así* hay un Cortés inquieto y vivaracho, que, al tiempo de asombrarse por el oro, ve con terror los templos llenos de víctimas humanas. A pesar de haber sido recibidos por el pro-

pio Moctezuma “Cortés no se fiaba de aquellas terribles gentes y comprendía lo difícil de su situación: solos unos cuantos españoles en medio de millones de indios feroces y bravíos”; respecto a la prisión de Moctezuma el texto refiere que los indios enfurecidos dieron muerte a Moctezuma y arremeten contra los españoles persiguiéndolos toda la noche, cuando Cortés se sentó en un árbol y empezó a llorar. Al final, el texto señala que no le fue reconocida la conquista: “Yo soy un hombre que os ha ganado más provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos” (Serrano, 1946, p. 177).

En *Países y mares* (1948), Joaquín Pla dice que Cortés aprovechó el “ánimo sencillo” de los indios y la impresión que causaban sobre ellos los caballos y las armas. El relato cambia aquí para decir que, ante la prisión de Moctezuma, los indios atacaron para rescatar a su emperador; Moctezuma habla con la muchedumbre para tranquilizarlos, pero Cortés “creyendo traicionera la actitud del emperador ordenó su muerte” (Pla, 1948, p. 56).

Para Alejandro Manzanares en *Tu patria* (1949), “la conquista de Méjico es la culminación del genio de la raza en una de sus páginas más emocionadas y brillantes” a pesar del final de un Cortés “calumniado, viejo y entristecido” (Manzanares, 1949, p. 108). La página es ilustrada con la “destrucción de los ídolos de Cempoala”, en una actitud altiva y triunfadora de los soldados ante algunos indígenas en actitud observadora.

En la batalla de Otumba, especialmente recordada, un Cortés con un denuedo sin igual, se lanzó como una fiera contra el jefe indio, que llevaba el estandarte de su dios, lo mató, hizo trizas la falsa divinidad, y entonces los aztecas, desprovistos, se rindieron o huyeron, quedando el bravo Cortés vencedor [Onieva, 1964, p. 71].

El mismo autor, en *Escudo imperial* lo describe como un verdadero genio de guerra y gran colonizador, de profundos sentimientos cristianos, que hizo cuanto pudo en la conversión de los indios a los que nunca trató con crueldad y quien añadió miles de kilóme-



Figura 4. Imágenes de Cortés en los manuales españoles.

Fuentes: Manzanares, 1949; Pla, 1954.

tros cuadrados a los dominios españoles llevando la civilización a Nueva España, “ciudad que durante siglos fue orgullo de nuestra Historia” (Onieva, s.f., p. 137).

Por tanto, a los ojos de la historiografía reciente se advertirán omisiones como las alianzas indígenas, el papel de los traductores o alevosas victorias como las de Cholula o la del Templo Mayor; lo mismo ocurre con las posturas encontradas sobre quién asesinó a Moctezuma. Pero como se vio en el apartado de los pueblos mesoamericanos, el abrupto giro de la postura historiográfica de Serrano a la de Pla cobra sentido: ¿por qué dejar de hablar de una América salvaje a una civilizada? Para que, al momento del contacto con otra civilización, en ese encuentro “comparativo” de culturas, se concluyera que la europea fue superior. Al magnificar las culturas mesoamericanas, la idea pedagógica enaltece a la española en el momento de la conquista: un puñado de soldados, y prácticamente uno solo —la batalla de Otumba tiene un tratamiento casi epopéyico— logró imponerla sobre una ciudad tan poderosa como Tenochtitlan, razón de más para engrandecerlo. En los manuales estudiados es ejemplo de tesón, valentía y fe cristiana, expresión que debía ser alimentada en los apartados siguientes.

LA EVANGELIZACIÓN

A pesar de que las crónicas de evangelización de los siglos XVI y XVII reconocían la imperfecta “civilidad” de los pueblos mesoamericanos debido a sus inclinaciones por los sacrificios humanos y los pecados de la carne, durante el franquismo la imagen de América parece retornar para encontrarse de nuevo con aquellos primeros relatos de la conquista que no reconocían tal civilidad.

José María Pemán manifiesta que en aquellas empresas conquistadoras hubo “*algunas* crueldades, codicias y defectos humanos”, pero los justifica a través de la religión: “[en] la sublime idea de ganar un mundo para la fe y la civilización”, el mismo Cortés teniendo preso a Moctezuma, “se dedicaba a explicarle la doctrina católica”. En ese libro Pemán explica que los conquistadores venían con misioneros para convertir a los indios. Define la colonización como una empresa de Estado concedida por la fe católica para convertir aquellas tierras y civilizarlas; destaca la rapidez con que en América se vio reflejada la creación de escuelas, colegios y universidades, indios aprendiendo latín; construcción de canales, puertos, caminos e industrias, cosa que ni Inglaterra, Francia ni Holanda hicieron de la misma forma. La obra colonizadora de España, escribe Pemán, trasladó sin regateo su arte y estilo constructivo y las llenó de palacios y catedrales, porque “España se sentía no ‘dueña’ de aquellas tierras sino ‘madre’ [...] Las llamaba Nueva España, Nueva Granada, Cartagena, Toledo... les ponía sus mismos nombres, como se les pone a los hijos que más se quieren” (Pemán, 1938, pp. 37-38).

Pocos manuales escolares hablaron de la conquista espiritual.² Probablemente se deba a que el franquismo estuvo más vinculado al clero secular que al regular. De este periodo se expresó que los misioneros “iban por medio de las selvas y los bosques hasta que después de larguísimas y peligrosas jornadas, daban con los pobla-

² El término fue establecido por el historiador francés Robert Ricard en *La conquête spirituelle du Mexique* (1933) y desde entonces se popularizó en México.



Figura 5. Escenas de la evangelización. Se muestra a los indígenas en actitud dócil, como aceptación a la nueva religión.

Fuentes: Fernández, 1939; Serrano, 1943.

dos y cabañas, donde vivían aquellos pobrecitos lo mismo que los animales” (Fernández, 1939, p. 71).

Se muestra a un fray Junípero Serra, en tierras californianas “habitadas por tribus indómitas y feroces, sumidas en la más grosera idolatría” (Manzanares, 1949, pp. 153-154). Se muestra a un fray Bartolomé de las Casas cuyo padre, uno de los marinos de Colón, le *regaló* un indígena; el joven De las Casas lo educó hasta dejarlo en libertad, viajó a América, aprendió las lenguas y tradujo del castellano las oraciones religiosas (Onieva, 1964).

Cuando aparecen, las ilustraciones muestran a los indígenas en una postura casi sumisa que acepta sin reservas la nueva religión. En manuales como la *Enciclopedia Álvarez* (1959) se aprovechó para señalar que España implantó las Leyes de Indias para la formación religiosa y cultural del indio, y la creación de escuelas y universidades e imprentas (Álvarez, 1959, p. 462). Con lo anterior, encuentro en el tema de la evangelización una vía para desmitificar la leyenda negra que atribuye a España el exterminio de las culturas originarias de América, y en términos generales para implantar una imagen de superioridad europea.

LA INDEPENDENCIA

Un periodo que intentó pasar desapercibido en la historiografía escolar española fue la independencia de las colonias americanas. Mayor énfasis se puso en la defensa contra la invasión napoleónica a tierras ibéricas, como reiterado acto de heroísmo. Para autores como Pemán (1938) significó “la disminución más grande que sufrió el imperio”; resaltó que en México “no eran los indios los que se levantaban, eran los españoles mismos”, es decir, atribuyó la gesta a los criollos. Para el autor, en América se habían introducido las ideas de la Ilustración francesa en las cuales llevaban implícita otra: España había sido la causante de sus principales males, el atraso, la crueldad y la tiranía. Reconoce que la expulsión de los jesuitas “fue uno de los motivos que más empujaron la separación de España y sus tierras de América” (Pemán, 1938, p. 146).

Pemán quiere justificar a los americanos: no es el odio a España, no reniegan de ella, repulsan a Napoleón, quieren salvar a América “del afrancesamiento revolucionario e impío”. Textos como los de Fernández (1939) y Lizondo (1941) omiten el acontecimiento, lo mismo que Muntada (1942), quien ve el siglo XIX para España un siglo perdido.

La *Enciclopedia cíclico-pedagógica* (1944) define como América española a “todos los países que lograron su independencia desde 1814 hasta 1898 en que la recabó Cuba”. Es aquí donde el régimen aprovecha para lanzar un mensaje: ante la similitud de lenguas, leyes y costumbres, España intensificaría sus relaciones culturales y mercantiles; desea vivir unida a estos países por medio de la cultura, pero también por medio de la fe religiosa; España las ve en realidad como hijas suyas. El discurso minimiza el proceso de independencia americana y en cambio realza su sentido paternalista (Carles y Pla, 1944, p. 570).

Serrano continúa con la misma idea. En la lección “España, progenitora de naciones” explica la conformación de los sistemas de gobierno virreinales y la creación de escuelas, colegios, bibliotecas y universidades. Para el autor, el régimen de administración progresó

tanto en América que, con energía y vida propia “se creyó capaz de vivir separada de su madre patria”, dando lugar a “chispazos de insurrección”. Hábil en la transmisión de ideas, enfatiza que quienes se pusieron al frente eran “casi todos procedentes de españoles o educados en la propia España”, como Simón Bolívar. Atribuye el desconcierto que había en España por la invasión napoleónica, y otro, la influencia de la masonería y la independencia de Estados Unidos, factor no mencionado en los textos anteriores. Como quiera, “en América se quiere tanto a España” que por eso es de festejarse el Día de la Raza, el 12 de octubre (Serrano, 1946, pp. 276-278).

Es en Pla (1948) donde hay más información al respecto de la independencia de México. Las guerras intestinas en España coincidieron con la insurrección “promovida principalmente por el cura Hidalgo”. Si bien aquellos desórdenes fueron dominados, dice el texto, fue Iturbide quien se entendió con “los sublevados” y más tarde se convirtió en emperador (Pla, 1948, pp. 56-57).

En tanto, en el libro de José Previlo (1950) se da a entender que la llegada de los Borbones llevó a América “las nuevas ideas revolucionarias y afrancesadas”, aunque no olvida que gracias a la invasión napoleónica comenzaron a reunirse en juntas para gobernarse. Se repite la idea que existió en los libros anteriores: no es el odio a España, sino que, al verla perdida, era mejor la autonomía que verse presas “del afrancesamiento revolucionario e impío”. Este libro, como el de Serrano, enfatiza en que no fue una guerra de americanos contra españoles, sino una guerra civil provocada por un ablandamiento del poder central; en el texto vuelve a relucir la imagen de Bolívar; de México nada, aunque el paternalismo impera en el texto: España hizo a América culta y civilizada, le dio las armas para valerse por sí misma, y “la sublevación no hizo sino anticipar ese momento” (Previlo, 1950, pp. 182-184).

La *Enciclopedia Álvarez* en el capítulo “Pérdida de nuestro imperio colonial” atribuye como tal la influencia de la independencia estadounidense, el apoyo prestado por Inglaterra, el mal gobierno

español y la difusión en América de las ideas revolucionarias; que en 1808 las primeras sublevaciones fueron vencidas, a excepción de Argentina; no aparece Napoleón como factor influyente. Aunque no menciona a México, es interesante el discurso de pérdida de lo que se sentía como propio: “En 1871 reconocimos la independencia del Perú y en 1898 [...] perdimos Cuba y Filipinas, que ya era lo último que nos quedaba” (Álvarez, 1959, p. 459).

Una idea parecida se ve en Quiliano Blanco: “Se sublevaron nuestras colonias de América reclamando su independencia [...] perdimos Cuba, Puerto Rico y Filipinas, valiosas colonias que nos quedaban de aquel extenso imperio colonial en que no se ponía el sol” (Blanco, 1963, p. 256). Onieva señala que una “vil calumnia [...] hizo creer a las naciones americanas, hijas de ella, que nuestra nación había hecho entrega de aquellas repúblicas al gran corso Napoleón Bonaparte. Dichas repúblicas se sublevaron entonces y proclamaron su independencia” (Onieva, s.f., p. 172).

El evasivo tema de la independencia en las Américas fue un reflejo de la historiografía española. Hubo un enorme abismo de información respecto al primer momento de emancipación americana. La década de 1820 les fue indiferente. La repercusión de la independencia americana “era un tema que solo se trataba ocasional y tangencialmente por los historiadores de ambos lados del Atlántico”, a diferencia de la conmoción que causó la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas en 1898, “caracterizada por su amargura y criticismo” (Escobedo, 1988, p. 183).

Para la historiografía franquista, las independencias americanas, incluida la de México, fueron por factores externos. Una invasión napoleónica, la influencia estadounidense, las ideas afrancesadas. Poco hay respecto a los problemas internos de los virreinos, como si se quisiera decir que en la América española no hubo problema alguno hasta que otras potencias extranjeras, deseosas de los territorios hispánicos, influyeron entre los americanos; apenas son mencionadas las gestas libertarias de Hidalgo y una aparición fugaz de Iturbide; solamente Bolívar, por el hecho de haber sido educado en España, tuvo mayores apariciones en los textos.

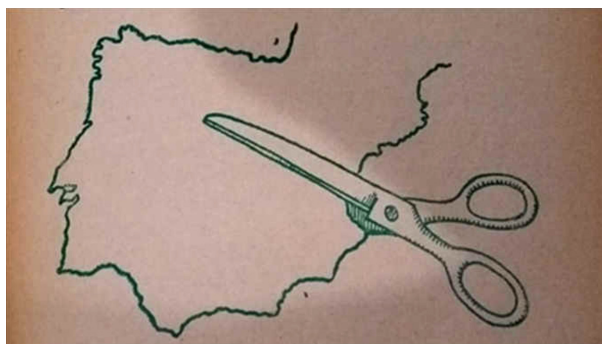


Figura 6. Representación de la pérdida del territorio español.

Fuente: Pemán, 1938.

REFLEXIONES ANALÍTICAS DE LOS MANUALES ESCOLARES ESPAÑOLES EN TORNO A MÉXICO

Luego de presentar los tres momentos más notables de México en los manuales escolares españoles, viene la postura que da análisis a estos materiales. Si hubo un régimen, apenas uno de ellos, que hizo un uso deliberado de la historia de un país, fue el franquismo. Las distintas órdenes, reglamentos y demás disposiciones educativas marcaron hasta la saciedad la idea de la formación cristiana y patriótica en la niñez española. Estaba muy perfilado el imperio como el periodo de mayor esplendor en la historia, tal como aparece en una asamblea magisterial de Navarra en 1937:

España, bendito nombre que representa la mayor grandeza imperial, que ni Roma alcanzó; por lo que pudo decir Felipe II que en sus dominios no se puso nunca el sol; bendito nombre que representa las mayores virtudes de un pueblo heroico, de un pueblo luchador por el progreso, al cual debe en gran parte su difusión la civilización cristiana [...] ¡Bendita España, que es decir Dios, y ambos nombres son en síntesis la aspiración de la vida nacional! [Navarro, 1990, p. 112].

Dado que el modelo historiográfico-político franquista fue el nacionalcatolicismo, había que exaltar en los manuales los momentos más importantes de esta dependencia entre España con el

catolicismo que, si bien ya existía desde antes de la guerra civil, con el franquismo fue abordada con mayor énfasis para la exaltación de España frente al mundo, pero también para facilitar su legitimación ante él (Castillejo, 2008, p. 58).

En opinión de los círculos franquistas, el imperio español fue la época que mayor ejemplo debía tomar la España de entonces a fin de emular las grandes hazañas civilizadoras del mundo, sobre todo por ir de la mano con los ideales cristianos y más aún por llevar la cruz hasta el *Novus Orbis*. El siguiente paso era enseñarlo a la niñez española.

La enseñanza de la historia, y aún de la geografía, previa al periodo franquista parecía haber olvidado a América como parte del resto del mundo y no le atribuyó un valor simbólico relevante (Campos, 2016, p. 24). Respecto al siglo XIX, Solana refiere que las agitaciones políticas de España favorecieron la emancipación de las colonias de América, donde se independizaron Chile, Uruguay, Venezuela, Nueva Granada, Perú, Argentina, Ecuador y México. El argumento fue que estas colonias vivían prósperas y florecientes durante la dominación española; alcanzando un cierto nivel de cultura y sintiéndose capacitadas para regirse a sí mismas; con el ejemplo de Estados Unidos por delante, se emanciparon, tal como lo haría un hijo cuando constituye una nueva familia (Solana, 1933, p. 65). La idea historiográfica de *Madre Patria*, desprendida de tales afirmaciones, se mantuvo a la llegada del franquismo.

No era suficiente la exposición anecdótica de los hechos pasados. Las grandezas, sacrificios y declives, los grandes momentos, los imperiales, sinónimos de soberanía, territorialidad, cultura, religión y colonización debían hacerse notar. Para Onieva, la historia se enseña sin explicaciones ocasionales, sin detenerse en detalles secundarios o en nombrar personajes sin trascendencia; enfatizar en el ideal hispano: unificación, salvación de los hombres, imperio. Sus pretensiones didácticas se enfocaron a que la niñez conociera

...de un solo trazo hasta qué límites de abnegación, resistencia al sufrimiento y fuerza terrible de voluntad, llegó el genio de nuestra

raza. Me refiero a las hazañas portentosas, incomprensibles, extra-humanas, de nuestros exploradores, colonizadores y misioneros de América [Onieva, 1990, p. 464].

Aquí se perfilaron las propuestas de los manuales escolares. Por un lado, la geografía permitiría conocer la cultura, lengua, raza y religión españolas. Por otro, la historia enseñaría una España como *mater mundi*, la rectora de los pueblos que nutrió el cristianismo. No se concibe que los niños españoles, dice Onieva, conozcan la geografía y la historia de una Europa que no tenga el menor contacto espiritual con España, y en cambio ignorar todo lo referente a los pueblos hispánicos. Más adelante sentenció: “Tampoco es comprensible que se estudien con la misma intensidad los momentos decadentes de historia que los imperiales, entre estos el de la colonización y cristianización de los pueblos que por ambas han pasado a ser hijos de la madre patria” (Onieva, p. 473). Aquí cabe cuestionar en qué medida los planteamientos de Onieva fueron tomados en cuenta.

Con una reforma a la pedagogía, México, por extensión América, representó la misión imperial y evangelizadora de España. No fue gratuita su incursión en los manuales escolares pues sirvió para hacer frente al estigma de la leyenda negra y posicionar a España dentro del concierto mundial del que parecía aislado en lo que iba del siglo XX.

CONCLUSIONES

La historiografía franquista tuvo un uso propagandístico. En la idea de una España civilizada y cristiana, Franco figura como la reencarnación de aquellos hombres que dieron paso a la grandeza de la nación. El discurso fue modelado al nacionalismo contemporáneo que se pretendía instaurar, no exento de coerción y autoritarismo.

El enfoque de la política educativa fue el nacionalcatolicismo. El franquismo dibujó la construcción de dos premisas que se formaron en conjunto: el esplendor de la Iglesia católica logrado a través de España; esta, a su vez, logró la mayor expansión que un imperio

podía tener. La conquista de las Américas fue el ejemplo para que los niños españoles sintieran el orgullo nacionalista de pertenecer a una nación como España. Los textos escolares, algunos con mayor amplitud que otros, muestran a Hernán Cortés como una figura heroica en tanto se enfrentaba a una civilización y a una naturaleza por entonces desconocida, pero así como retrataron la conquista de México lo habrían hecho con las de Perú y Río de la Plata.

México fue un acicate para el franquismo. El pretexto para exaltar a España como nación poderosa. Aunque en los textos revisados está ausente una postura racista y discriminatoria explícita, sí lo es en las imágenes: la jerarquía civilizatoria es evidente. Los actos realizados por los hispanos en América se consideran heroicos y a la vez paternalistas ante indígenas indómitos y bravíos.

Los textos muestran, por un lado, el reconocimiento de México-Tenochtitlan como una civilización. Ahí recae la mayor gloria española, la gran hazaña, haber conquistado una nación superior en número de habitantes y en territorio a la península. Por otro, el estereotipo de una civilización no europea a la que paradójicamente hay que civilizar con los cánones occidentales. Se asume en los manuales una posición patriarcal de donde surge la metáfora de “la madre patria” (Maroto, 2017, p. 79). Respecto a la independencia de México, le es atribuida a extranjeros para ocultar los problemas internos que la originaron; los hechos de armas ni siquiera fueron mencionados, se vieron con indiferencia.

Con todo, los manuales escolares no pusieron menor o mayor atención a México respecto a los otros países latinoamericanos. La historia de México formaba parte del conjunto con el que la pedagogía española vio a América. Al hablar del continente, pretendía exaltarse a España como la nación civilizatoria más importante del mundo.

AGRADECIMIENTO

El autor agradece el apoyo de Pilar Galván e Ignacio Trillo, personal de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) en Madrid, por permitirle la consulta del fondo MANES durante el mes de octubre del 2019.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanco Hernando, Q. (1950). *Faro. Enciclopedia escolar. Segundo ciclo de enseñanza elemental*. Plascencia: Editorial Sánchez Rodrigo.
- Campos Pérez, L. (2016). América y lo americano en los manuales escolares de historia a lo largo del siglo xx. *Historia y política. Ideas, procesos y movimientos sociales*, (35), 39-46. DOI: <https://doi.org/10.18042/hp.35.02>.
- Capellán de Miguel, G. (2019). La miseria de la pedagogía. Los manuales escolares como propaganda durante el franquismo. En J. Delgado Idarrieta (coord.). *Propaganda y medios de comunicación en el primer franquismo (1936-1959)* (pp. 51-77). Logroño, España: Universidad de La Rioja.
- Capitán Díaz, A. (2000). *Educación en la España contemporánea*. Barcelona: Ariel.
- Carles, D., y Pla. J. (1944). *Enciclopedia cíclico-pedagógica*. Gerona-Madrid: Dalmáu Carles, Pla S.A. Editores.
- Castillejo Cambra, E. (2008). *Mito, legitimación y violencia simbólica en los manuales escolares de historia del franquismo (1936-1975)*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Escobedo, R. (1988). Repercusión de la Independencia americana en la opinión pública española. *Quinto Centenario*, (14), 183-192. DOI: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=80409>.
- De Puelles Benítez, M. (1999). *Educación e ideología en la España contemporánea*. Madrid: Tecnos.
- Fernández Rodríguez, A. (1939). *Nuevas lecturas patrióticas*. Zaragoza: Hijo de Ricardo González.
- Lizondo Gascuña, J. (1941). *Espejo y gloria de España. Figuras, momentos, evocaciones. Lecturas patrióticas escolares*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez.
- Manzanares Beriain, A. (1949). *Tu patria*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando.
- Mañas Romero, I. (2017). La historia de Roma y la España romana como elementos de la identidad española durante el periodo franquista. En F. J. Moreno Martín (ed.). *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura* (pp. 89-106). Madrid, España: Editorial Pablo Iglesias.
- Maroto Blanco, J. (2017). Identidades “blancas” vs identidades “negras”: la construcción de discursos racistas en los libros de Geografía e Historia de educación secundaria. En Ch. Olivieri y A. Ortega Santos (eds.). *Descolonizando identidades. Pertenencia y rechazo de/desde el sur global* (pp. 77-90). Granada, España: Universidad de Granada, Instituto de Migraciones
- Mayordomo Pérez, A. (1990). *Historia de la educación en España. Textos y documentos. Nacional-Catolicismo y educación en la España de posguerra* (vol. 2). Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.

- Muntada Bach, J. (1942). *Santa tierra de España. Lecturas de exaltación de la historia patria desde los tiempos primitivos hasta la terminación del alzamiento*. Barcelona: Altés.
- Navarro Sandalinas, R (1990). *La enseñanza primaria durante el franquismo (1936-1975)*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias.
- Onieva, A. (s.f.). *Escudo imperial. Libro escolar de lectura*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez.
- Onieva, A. (1964). *Cien figuras españolas*. Burgos: Hijos de Santiago Rodríguez.
- Onieva, A. (1990). La nueva escuela española. Realización práctica. En *Historia de la educación en España. Textos y documentos. Nacional-Catolicismo y educación en la España de posguerra* (vol. 2, pp. 425-475). Madrid, España: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Pla, J. (1948). *Países y mares*. Gerona-Madrid: Dalmáu Carles, Pla S.A. Editores.
- Pla, J. (1954). *Las civilizaciones. El arte, las ciencias, las culturas*. Gerona-Madrid: Dalmáu Carles, Pla S.A. Editores.
- Pemán, J. (1938). *La historia de España contada con sencillez*. Cádiz-Madrid: Establecimientos Cerón, Librería Cervantes.
- Pérez Montfort, R. (2001). La mirada oficiosa de la hispanidad. México en los informes del Ministerio de Asuntos Exteriores franquista, 1940-1950. En C. E. Lida (comp.). *México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas* (pp. 61-117). Ciudad de México, México: El Colegio de México.
- Previlo, J. (1950). *Así es España (libro de lectura escolar)*. Madrid: s.e.
- Ríos Saloma, M. F. (2017). La reconquista en el primer franquismo: relecturas tras la nueva cruzada. En F. J. Moreno Martín (ed.). *El franquismo y la apropiación del pasado. El uso de la historia, de la arqueología y de la historia del arte para la legitimación de la dictadura* (pp. 137-157). Madrid, España: Editorial Pablo Iglesias.
- Serrano de Haro, A. (1943). *Yo soy español*. Madrid: Escuela Española.
- Serrano de Haro, A. (1946). *España es así*. Madrid: Escuela Española.
- Serrano de Haro, A. (1990). Los cimientos de la obra escolar. Pedagogía práctica en el primer grado. En *Historia de la educación en España. Textos y documentos. Nacional-Catolicismo y educación en la España de posguerra* (vol. 2, pp. 510-520). Madrid, España: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Tabanera García, N. (2001). Los amigos tenían razón. México en la política exterior del primer franquismo. En C. E. Lida (comp.). *México y España en el primer franquismo, 1939-1950. Rupturas formales, relaciones oficiosas* (pp. 19-59). México: El Colegio de México.